

Por **Diego Cazzaniga**. Psicólogo Social y Terapeuta Sexual por la Fundación Sexpol. Contacto: diegocazz@hotmail.com.



Pequeño debate sobre las consecuencias políticas del *queerismo*

Esta reflexión que escribo va encaminada a establecer una suerte de *triálogo* con Julián Fernández de Quero, presidente de la Fundación Sexpol y desde mi parecer un intelectual exquisito, y una imaginaria comunidad de los teóricos *queer*, fundamentalmente en lo que respecta al concepto de acción política dentro de este paradigma.

Recordando con Julián, *queer* significa en la lengua inglesa “extraño”, “raro”. De hecho se utilizaba (y utiliza) de forma peyorativa hacia todos aquellos que no responden a las narrativas y discursos oficiales o normativos. Como bien introdujo Julián, los postulados representan un crítica a los procesos de normalización sexual. No implica una estructura identitaria, más al contrario suponen practicar la incoherencia desde la heteronomía.

Desde mi punto de vista lo esencial (tremenda paradoja hablar de “esencial” en una teoría antiesencialista) en las pioneras del *queerismo* es que apuntan a una deconstrucción tan absoluta de las categorías definitorias (tan propias de la modernidad ilustrada) que acaban transformando toda identidad en una ilusión, una ficción, una utopía. Su posicionamiento teórico es tan “post” que hablan de postfeminismo, de postgénero, de postgays o postlesbianas y hasta de la postmaterialidad de los cuerpos. No hay (ni puede haber), por propia contradicción ontológica en la teoría, ningún fundamento de cohesión para ninguna identidad presupuesta, ya que de haberlo tornaría en un biopoder o una biopolítica (gestión política del cuerpo) en el sentido más foucaultiano posible. Justamente su reflexión parte de la desilusión generada por todos los proyectos emancipadores de la modernidad en su pretensión de visibilizar y mejorar en el entramado social la posición de todos los “olvidados” de la Historia.

Desde el construccionismo social mas radical, la única forma de visibilidad es la adopción de categorías sociales en discursos ya contruidos, previos a las esencias, de hecho esencializantes, creadores de realidad social, de “Verdades del Sexo”. Por ello la teoría *queer* supone la imposibilidad de representar socialmente. No hay nada que representar, no hay identidades previas a las acciones. De ahí su choque frontal en algunos momentos con el movimiento gay-les, pues estos para *re-presentarse* han tenido que ficcionar una identidad colectiva que a fuerza de decenios de lucha social se ha convertido en visible y en oficial, en otra “Verdad del Sexo”. Ahora es posible ser *homo* o *hetero*, ambas son “Realidades Sociosexuales”. Sin embargo, para las teóricas *queer* el precio a pagar es muy alto pues supone un asimilacionismo tal que lo *homo* se transforma en una categoría tan opresiva como lo *hetero*. La construcción de la categoría *homo* queda tan delimitada (limitada = cercenante hacia la diferencia) que incluso la bisexualidad es presentada, inevitable e inintencionadamente, como un grupo inexistente en sí: o gay-les en estado de transición o sencillamente unos heterosexuales caprichosos.

Es por ello que los teóricos *queer* como teóricos de la diferencia, no olvidemos que su anclaje intelectual está muy vinculado a la filosofía postestructuralista francesa y al neopragmatismo norteamericano, mantendrán un absoluto rechazo a unir en categorías ficticias diferencias fundamentales pero ¡ojo!, no diferencias estáticas sino dinámicas, fluctuantes. Tanto uno como otro movimiento filosófico han sospechado de cualquier ideología, tanto de la derecha como de la izquierda. Cualquier gran narrativa ideológica ha sido rechazada por normativizadora. Esa convicción es, creo, la herencia fundamental del *queerismo*, estando mucho más interesado por los intersticios de las categorías, por lo indefinido, lo incoherente...lo *queer*.

Así por tanto, desde sus postulados, debería ser imposible una acción política en el sentido ortodoxo pues para que ello se diera habría de presentarse previamente una conciencia política, inconcebible sin una conciencia identitaria colectiva anterior, lo cual no puede a mi juicio tener cabida en esta línea de pensamiento.

Queer no es una representación de nadie ni de nada ya que, como dijimos, no existen las representaciones. *Queer* quiere decir acción, actuar, pues como dice Butler la acción nunca es representativa sino performativa. Nunca *queer* puede ser un

movimiento en el sentido político ya que, por el contrario, aspira a ser una parodia teatralizada, una *performance* constante, cambiante y cotidiana, de carácter multiétnico y multisexual. Aspira a destruir los límites de las categorías normativas desde dentro, no desde una supuesta mirada con vocación de externalidad. Todo cuanto somos y podemos ser está siempre dentro. Son las categorías que pretendemos deconstruir las mismas que nos subjetivan, que nos hacen conscientes de ser sujetos. Ahora bien, desde dentro sí se puede transgredir. Si yo quiero *re-presentarme* debo antes escoger (o quizás ser escogido por) una categoría, cerrarla bien para que se me identifique, para tener identidad. Sin embargo, si en lugar de representar rígidamente actúo, se pueden producir rupturas en los límites de las categorías. Se pueden vulnerar ensanchando, reduciendo y en definitiva pervirtiendo. Esta acción o *performance* tiene visibilidad pública y no es inteligible desde las normas (de ahí su efectividad) pero ¡ojo! nunca puede ser satisfactoria, pues en ese preciso instante su vocación transgresora se detendría y ya dijo Foucault que transgredir un límite produce siempre un nuevo límite que de nuevo ha de ser transgredido.

Así es que desde el *queerismo*, a mi parecer, no puede haber acción política entendida en el sentido ortodoxo como lucha organizada contra la opresión a través de un movimiento. Cualquier intento de colectivizarse para encontrar un espacio de visibilidad común podría oficializar un conjunto de gentes o prácticas (sexuales) pero marginalizaría opresivamente a otras gentes y prácticas. Si la batalla es disolver las identidades rígidas, entendiéndolas sencillamente como simples eventos, situados y efímeros, siempre cambiantes y reconstruidos, el *queerismo* es en sí mismo autodeconstructivo. No puede pretender habitar, colonizar, ni reivindicar ningún espacio social. Este relativismo a ultranza ha dado margen a la crítica de muchos autores sobre su efectividad política o reivindicativa sosteniendo que su falta de compromiso ético en el fondo invisibiliza las diferencias, sustituyendo toda vocación política por una atracción estética de la transgresión.

Para la derecha son libertinos “perversos”, para la izquierda neoliberales vocacionales. Yo personalmente creo que se reivindica otra forma de política: la política de la calle, de la vida (*lo personal es político*). La acción performativa es en sí misma una forma de política, la forma más democrática posible, pues está comprometida con todos los modos de libertad que se manifiesten en espacios de indeterminación social.